



## **SOCIEDAD Y CIUDADANOS EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE: CUANDO SE HACE NECESARIA LA PARTICIPACIÓN**

**Dr. Juan José García Escribano**  
escriba@um.es  
Universidad de Murcia, España

### **RESUMEN**

**E**l objetivo de este artículo es analizar cómo afecta a las sociedades y a los hombres y mujeres que en ellas conviven los actuales tiempos de inseguridad e incertidumbre, cómo resurge la idea de sociedad civil y ciudadanía, la recuperación del protagonismo de los ciudadanos y cómo se hace necesaria la transformación y adaptación de las estructuras democráticas mediante una participación más directa de los ciudadanos en los asuntos públicos.

### **PALABRAS CLAVE**

Incertidumbre, sociedad civil, ciudadanía, participación

### **I. CUANDO LA INCERTIDUMBRE SE CONVIERTE EN LA ÚNICA CERTEZA**

Durante buena parte del siglo XX, el papel del Estado como suministrador de servicios (educación, sanidad, pensiones, subsidio de desempleo, asistencia social, vivienda, etc.) y la ocupación de posiciones cada vez más relevantes en el ámbito económico y social estuvo determinado por la necesidad de conseguir una mayor vertebración social, la integración de los marginados-excluidos y, así, evitar la división social y la lucha de clases.

Después de la II Guerra Mundial, en los años 50 y 60, parecía que el modelo estaba funcionando bien en los países más desarrollados: el crecimiento económico se presumía irrefrenable, los mercados laborales absorbían la práctica totalidad de la mano de obra, las tasas de actividad se incrementaban con la incorporación de la mujer al mundo del trabajo, los salarios reales crecían por encima de la inflación y permitían a los trabajadores conseguir en propiedad algunos bienes de consumo duraderos (vivienda, automóvil, etc.), los hijos de los trabajadores podían acceder a los más altos niveles educativos, etc.. Todo ello, tuvo como resultado la reducción de los conflictos y las distancias sociales y el desarrollo de la movilidad social. La clase media se acrecentó considerablemente y los países más desarrollados parecían avanzar hacia sociedades cada vez más vertebradas y democratizadas, tanto política, como económica y socialmente. Este panorama llevó a que los países en desarrollo intentaran reproducir el modelo mediante un crecimiento sostenido que les permitiera alcanzar grados de bienestar y vertebración social similares.

No obstante, este relativo equilibrio se truncó a comienzos de los años 70 cuando arrancó una etapa de recesión y fuertes perturbaciones: una compleja crisis económica dio paso a numerosos conflictos industriales, al abandono del modelo de pleno empleo, con la consiguiente aparición de grandes bolsas de desempleados y la precarización de los mercados laborales, a incertidumbres en el ámbito de la política y al desarrollo de un asociacionismo de carácter voluntario que ofrecía su colaboración al Estado para la realización de distintos tipos de intervenciones sociales (ONGs) o se oponía al mismo a través de sus reivindicaciones y alternativas (nuevos movimientos sociales: feminismo, ecologismo, pacifismo, etc.).

Lo acaecido en los últimos años del siglo XX y los primeros del siglo XXI está demostrando, si es que la historia de la humanidad no la había demostrado ya suficientemente con anterioridad, que la sociedad humana evoluciona hacia estadios cada vez más complejos. En la actualidad vivimos en un mundo, por un lado, cada vez más globalizado y, por otro, cada vez con un mayor crecimiento de las tendencias nacionalistas y étnicas; en el que se agrandan las distancias entre las naciones ricas y pobres, y, dentro de cada país, entre las clases sociales con mayor poderío económico respecto de las que no lo tienen; en el que parece vislumbrarse que los procesos de aculturación conseguirán que la mayor parte de las culturas originarias queden a merced de la norteamericana cultura dominante y en el que, al mismo tiempo, se recuperan las manifestaciones más autóctonas de las culturas locales; en definitiva, vivimos en un mundo complejo, desigual y en continuo cambio, en el que se manifiestan una gran cantidad de interrogantes que no parecen tener una fácil solución y que hacen que nos hallemos ante un futuro cargado de dudas. Emerge, cada vez con más nitidez, un mundo en el que la inseguridad y la incertidumbre están presentes en todas las facetas de la vida individual y social.

Cuando en 1977 el famoso economista norteamericano de origen canadiense John Kenneth Galbraith publicó su libro *La era de la incertidumbre*, con seguridad no preveía algunos de los acontecimientos que han acontecido posteriormente y han corroborado claramente el título de su libro. En los momentos actuales, vivimos, como señala el sociólogo alemán Ulrich Beck (1997: 205), una sociedad en el que las personas “deben entender su vida [...] como estando sometida a los más variados tipos de riesgo, los cuales tienen un alcance personal y global”. El concepto de “sociedad del riesgo”, como la denomina Beck (2001: 19), “designa una fase de la modernidad en la que las amenazas que ha ido produciendo el desarrollo de la sociedad industrial empiezan a predominar”.

Como señala el sociólogo francés Robert Castel, nuestra “modernidad tardía que se despliega como una «sociedad de individuos», implica muchas zonas grises”, y una sociedad donde triunfa el individualismo “es también una sociedad en la cual la incertidumbre aumenta de una manera virtualmente exponencial porque las regulaciones colectivas para dominar todos los avatares de la existencia están ausentes” (Castel, 2010: 29-30). La tesis principal de Castel es que desde los años ochenta del siglo XX se ha producido un aumento de la incertidumbre y un malestar frente al porvenir, sin que se perciba algún tipo de solución frente a lo imprevisto.

Habitamos un mundo incierto y complejo en el que todo parece estar transformándose a cada momento, en el que los imaginarios y formas de vida son frágiles y donde casi nada es sólido y estable. Se puede sostener, con el sociólogo polaco Zygmunt Bauman (2004: 171), que nuestra época está asociada a experiencias que implican “inseguridad (de nuestra posición, nuestros derechos y medios de subsistencia), incertidumbre (de nuestra continuidad y futura estabilidad) y de desprotección (del propio cuerpo, del propio ser y de sus extensiones: posesiones, vecindario, comunidad)”.

En este nuevo mundo, cargado de complejidad, que se transforma con tanta celeridad, se generan continuamente problemas que no se habían presentado con anterioridad y nuevas demandas, a las que los modelos de acción social que han estado vigentes en tiempos pasados no pueden responder. En las actuales sociedades el problema más importante de la política, examinada desde una óptica democrática, es garantizar la persistencia de la diversidad en el interior de la sociedad civil y al tiempo lograr un nivel suficiente de unidad y vertebración social. Los clásicos canales institucionales de comunicación (partidos políticos, elecciones y representación parlamentaria), que ponían en relación al ciudadano con el Estado, se manifiestan como insuficientes para dar respuesta a esta nueva realidad. Es por ello que están surgiendo novedosas formas de organización y participación social, al tiempo que se manifiestan nuevas estructuras sociales e incluso nuevos sistemas de valores que hacen necesario replantearse algunas construcciones analíticas que las ciencias sociales consideraban

hasta ahora, prácticamente incontrovertibles.

Durante mucho tiempo, la sociología y la ciencia política han diferenciado las esferas de la política y de la no-política a través del establecimiento de la dicotomía “Estado-sociedad civil”. Sin embargo, desde mediados de los años 60 del siglo XX se viene escuchando voces que cuestionan la conveniencia de seguir manteniendo esta división analítica. El límite que separa actividades políticas y no-políticas ya no aparece con tanta nitidez: comienzan a mostrarse actuaciones con una dimensión totalmente pública (política) en el seno de la sociedad civil, al tiempo que algunas de las manifestaciones que, hasta ahora, estaban en la esfera de lo público se desplazan al ámbito de lo privado (no-política). Según Offe (1988: 181) se está imponiendo un “nuevo paradigma” en el que ya no encontramos, como en el “viejo”, una “dicotomía en la concepción de la naturaleza de la acción social (lo «privado» frente a lo «público/político»)", sino que el universo de la acción queda dividido en tres esferas “(privada/frente a política no institucional/frente a política institucional)”.

En el ámbito de la esfera privada estaría el “ciudadano”, como sujeto de derechos y no como súbdito de un poder despótico; aunque, como señala María Jesús Funes (1993: 56), “hablar de «ciudadanía» nos lleva al individuo que interactúa con el conjunto en el campo de la construcción de la sociedad civil, incluida a su vez como elemento de la esfera pública. Es decir, pasamos de la perspectiva de la totalidad (esfera pública), continuamos en la colectiva (sociedad civil), para llegar finalmente a la individual (ciudadanía)”. Vemos pues, que es bastante complicado que, salvo que nos ubiquemos en un plano estrictamente analítico, estas tres esferas puedan ser contempladas de modo aislado, sin que la una se superponga a la otra.

Para Habermas (1998: 78), la sociedad civil “se compone de esas asociaciones, organizaciones y movimientos surgidos de forma más o menos espontánea que recogen la resonancia que la constelación de problemas de la sociedad encuentran en los ámbitos de la vida privada, la condensan y elevándole, por así decir, el volumen o voz, la transmiten al espacio de la opinión pública-política. El núcleo de la Sociedad Civil lo constituye una trama asociativa que institucionaliza los discursos solucionadores de problemas, concernientes a cuestiones de interés general, en el marco de espacios públicos más o menos organizados”.

En el germen de la idea moderna de ciudadanía se encuentra la capacidad de los individuos para decidir sin coacción y participar o no en los asuntos públicos. Si la totalidad o una gran parte de los ciudadanos resolvieran no participar, la democracia no podría seguir existiendo.

## **SOCIEDAD Y CIUDADANOS EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE: CUANDO SE HACE NECESARIA LA PARTICIPACIÓN**

Además, toda democracia debe asegurar que los ciudadanos puedan ejercer su derecho a participar en los asuntos públicos. En una democracia de calidad, las distintas instituciones deben procurar a los ciudadanos abundantes oportunidades de participación en las diferentes políticas públicas.

La ciudad ha sido históricamente el ámbito de la ciudadanía, es decir, el territorio de hombres y mujeres libres e iguales. La recuperación del protagonismo ciudadano en las decisiones sociales municipales supone innovar en mecanismos que permitan una mayor participación de los ciudadanos y de las entidades sociales. De esta forma se alcanzarán decisiones que serán significativas y vinculantes para los distintos actores, provocando una progresiva revitalización del capital social de los municipios. Por tanto, si desde la política, desde los que se dedican a la política, y desde los ciudadanos se ambiciona una democracia vigorosa y estable, el camino es apostar, sin vacilaciones, por hallar nuevas formas para impulsar la participación ciudadana.

### **II. CUANDO SE HACE NECESARIA LA PARTICIPACIÓN**

En las sociedades actuales es innegable la necesidad de compatibilizar la democracia representativa con nuevas formas de democracia participativa, es decir, con otras alternativas que den “voz con rostro” a la ciudadanía y “salida” real a sus propuestas. Una nueva manera de gobernar que conciba a los ciudadanos con capacidades y, por tanto, que ponga en marcha procesos de empoderamiento, de tal forma que sean los propios ciudadanos los que se hagan fuertes en el ejercicio del poder y la responsabilidad en los asuntos públicos. La desafección democrática se nutre, fundamentalmente, de la apatía, el desencanto, la desmotivación y la gran desconfianza de los ciudadanos hacia el sistema de gobierno tradicional.

La realidad demuestra que las estructuras y los mecanismos de la democracia se han quedado desfasados respecto de las necesidades y dinámicas actuales. Se hace necesaria la renovación y adaptación de las estructuras democráticas por medio de la participación e implicación más directa de los ciudadanos, fomentando de esta forma una mayor transparencia y con ello una mayor legitimación para poder afrontar las decisiones finales. La ciudadanía no puede entenderse como tal si no recoge en todas sus consecuencias el derecho de los ciudadanos a tomar parte en las decisiones que les afectan de forma común, en definitiva, a la “participación en los asuntos públicos”.

Como señalan Font y Blanco (203: 15), participar es la búsqueda de la influencia en la realidad social, es “cualquier actividad dirigida a influir directa o indirectamente en las políticas (...) La participación puede consistir en cualquier tipo de actividad. (...) En unos casos influimos en quienes tomarán las decisiones y en otros en qué

decisiones se tienen que tomar. (...) Por lo tanto, los destinatarios directos pueden ser tanto los políticos como los otros ciudadanos, y muy a menudo los dos grupos a la vez. (...) la participación es un instrumento para conseguir algo, (...) pero la participación tiene esta voluntad de influir en la realidad”.

En la actualidad se hace necesaria la búsqueda de reformas para profundizar en la democracia, a través de transformaciones en los sistemas tradicionales de representación y participación política, del perfeccionamiento de los canales de comunicación e información entre representantes y representados, de la instauración de ámbitos de consulta y concertación con asociaciones y otros grupos de interés en la identificación, formulación e implementación de las políticas públicas, en definitiva, de la puesta en marcha de instrumentos de democracia directa o de participación del conjunto de la ciudadanía en la toma de decisiones.

Está naciendo una progresiva demanda de formas de democracia directa y de participación ciudadana en la gestión pública, que está transformarse en un asunto central y de actualidad en el debate político, social y académico. La complejidad e interdependencia de los fenómenos y hechos sociales, así como las situaciones de dificultad que, agravada por la actual crisis, atraviesan personas, familias, grupos y comunidades necesita de compromisos, habilidades e interacciones de los diferentes actores sociales (públicos y cívicos), convirtiéndose la participación en un elemento capital en este nuevo contexto. Pero apostar por la participación supone emprender un trayecto abrupto que requiere solventar, de forma dinámica, los problemas que afectan a las capacidades y oportunidades de representación, gobernabilidad y legitimidad en las democracias actuales y adoptar decisiones respecto a la forma y sentido de materializar el principio de autonomía/autodeterminación y, por consiguiente, de ciudadanía (activa vs. subsidiaria) en los contextos locales (Pastor, 2009).

La democracia se alimenta del capital de confianza de los ciudadanos en el futuro y en su propia capacidad -real y percibida- de actuación e influencia para lograr la transformación socio-política. La actual crisis de confianza de los ciudadanos que se confirma en los diferentes estudios de opinión pública, especialmente ante la situación de evidente recesión económica y crisis social, augura malos tiempos para la democracia y la construcción negociada e integradora de las políticas. Uno de los problemas principales con los que se enfrentan las instituciones de la sociedad civil en estos momentos es la desconfianza. El profesor Dunn (1993: 641) sostiene que “la confianza mutua se encuentra en el núcleo de todos los procesos políticos”. La confianza es imprescindible para que las relaciones políticas se produzcan con normalidad y para moderar los niveles de imprevisibilidad de los diferentes actores políticos.

## SOCIEDAD Y CIUDADANOS EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE: CUANDO SE HACE NECESARIA LA PARTICIPACIÓN

La confianza es una relación intersubjetiva que se define en la interacción social a través de la continuidad en el tiempo de algunas conductas, y, como indica Norbert Lechner (2006: 392), aunque “la confianza no elimina la incertidumbre, [...] permite tolerar un mayor grado de inseguridad”. Pero, cuando se analiza lo que acontece en estos momentos, en los que el miedo y la incertidumbre se van extendiendo como una niebla amenazadora que no permite vislumbrar lo más cercano, se comprueba cómo los distintos estudios de opinión muestran un incremento de la desconfianza respecto de la política y los políticos, e incluso respecto de las propias instituciones.

La desconfianza conduce a que las propias relaciones sociales se restrinjan a aspectos superficiales y descomprometidos. Lo público, lo político cada vez está más lejos del imaginario personal y social. Las personas comienzan a vivir resguardándose detrás de una máscara individual que les impide preocuparse por lo colectivo, e incluso comienzan a identificarse en menor medida con la democracia. La desmotivación y la desconfianza se convierten, cada vez más, en un enemigo interno del propio sistema.

La política comienza a percibirse como algo ajeno, distante, causante de tribulaciones y desgracias e incapaz de resolver los problemas de los individuos. Problemas que, según los mismos políticos, en muchas ocasiones no pueden ser solventados al depender de unas leyes provenientes de ese ente abstracto al que llamamos mercado, y, como señala Bauman (2001: 165), una “vez que el Estado reconoce la prioridad y la superioridad de las leyes del mercado sobre de las leyes de la polis, el ciudadano se transmuta en consumidor, y un consumidor «exige cada vez más protección y acepta cada vez menos la necesidad de participar» en el funcionamiento del Estado”. De nuevo, esta indiferencia pasiva, este deseo de alejarse es una expresión de la desconfianza.

A pesar de ello, es necesario asumir una actitud y un compromiso positivo que permita vencer las dificultades a través de profundizar en la democracia, entendida ésta como ensanchamiento, en términos cuantitativos y cualitativos, tanto de los actores que pueden intervenir en los diferentes procesos participativos, como de los temas y ámbitos de influencia para la elaboración de políticas por parte de los distintos actores implicados. La participación aporta probadas ventajas a la dinámica organizacional y comunitaria al posibilitar una paulatina adecuación del funcionamiento de las instituciones, contrarrestar la apatía y desconfianza ciudadana, proporcionar a los representantes instrumentos para evaluar y optimizar la gestión de los asuntos públicos, permitir la recuperación del espacio público por los ciudadanos y generar capital social y sentimientos comunitarios. Es por esto que la participación es un asunto de elevado interés en la agenda de los gobiernos y profesionales de la administración que anhelan llevar a cabo una gestión política o técnica eficaz dirigida a incrementar el bienestar social y la calidad de vida de la ciudadanía y de los usuarios

de los servicios públicos.

Los nuevos cauces de participación ciudadana no pretenden anular o negar la representación, sino contribuir a la conformación de una moderna concepción de la democracia en la que los representantes consiguen más legitimidad en la medida en que refuerzan su interacción con los ciudadanos. Así, los nacientes mecanismos de participación han de tratar de adicionar y no de suplantar; han de significar un acrecentamiento de la legitimidad, la representatividad, la participación y, probablemente, también de la eficacia. Para intentar promover la participación ciudadana, las instituciones de algunos países de América Latina están efectuando vastos esfuerzos para incrementar la transparencia de la información pública y para implantar novedosos mecanismos de participación en la elaboración de políticas públicas, especialmente en el ámbito local. De esta forma, países como Brasil, Perú, Uruguay, Honduras, Chile, Ecuador, Colombia, Guatemala, El Salvador, República Dominicana, México o Nicaragua han aprobado leyes nacionales para regular el acceso a la información pública (Vleugels, 2011).

El gobierno local se presenta como un escenario privilegiado de participación, siendo especialmente perceptibles la aparición de los espacios/mecanismos participativos en éste ámbito.

La escala de gobierno más cercana al ciudadano, es decir, la del ámbito local, al facilitar el diálogo personal e institucional, posibilita el impulso de nuevos participativos. La cercanía de los temas produce mayor disposición a la acción y a la participación, por lo que se hace necesario, más que suministrar información de forma unidireccional, crear mecanismos para distinguir el sentir de los ciudadanos en los procesos de toma de decisiones en el ámbito municipal. Es inexcusable comprometerse a favorecer la participación en flujos multidireccionales en red, o lo que es lo mismo, admitir sin duda alguna la necesaria importancia de la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones de su gobierno local. Últimamente, han sido variadas las experiencias de participación ciudadana experimentadas en distintos municipios de diferentes países. Los múltiples mecanismos de participación aplicados constituyen un genuino inventario de inéditas prácticas democráticas, si bien las acciones llevadas a cabo hasta el momento se han distinguido en numerosas ocasiones por una cierta improvisación y por la versatilidad y el acomodo a las circunstancias de cada caso, a las dinámicas de la coyuntura y, muchas veces, a la particularidad de los actores intervinientes.

Entre los muy variados mecanismos de participación desarrollados en distintos ámbitos geográficos encontramos: comités consultivos ciudadanos, foros de discusión, reglamentos de participación ciudadana, consejos ciudadanos, jurados ciudadanos, encuestas deliberativas, núcleos de intervención participativa, agendas locales 21, presupuestos participativos, referéndums presenciales o cibernéticos, planes de acción comunitarios, etc. El desarrollo y diversificación en la oferta de participación ocasiona un positivo resultado movilizador, puesto que los ciudadanos, con parecidas disposiciones hacia la democracia local y organizacional, tienen un mayor grado de compromiso cuando hay más oportunidades de participación y existe contexto participativo, facilitando de esta forma un incremento de la práctica de una ciudadanía activa. Por tanto, el reto será establecer las condiciones y espacios de participación/implicación ciudadana que creen verdaderas oportunidades para la discusión y construcción colectiva de las políticas, a partir del establecimiento de firmes e informadas preferencias entre la ciudadanía en el complejo universo relacional.

### **III. NO SEAMOS “IDIOTAS”**

En el sentido que se le daba en la Grecia clásica, los ciudadanos muchas veces nos mostramos como “idiotas”. Según su definición actual, este vocablo lo utilizamos para referirnos a alguien “engreído sin fundamento para ello” (RAE, 2014), sin embargo, para los griegos los “idiotas” (ἰδιωτης) eran los ciudadanos que, como tales, poseían derechos, pero que no se ocupaban de la política de su polis, es decir, personas aisladas que ignoraban los asuntos públicos.

Un ciudadano comprometido, diligente y activo en la cosa pública no es sencillamente una persona dispuesta a votar, para lo cual es suficiente con el certificado de nacimiento, el documento de identidad y la inscripción en el censo electoral. Es una persona que ha desarrollado su interés por los asuntos públicos y su competencia cívica: para comprenderlos y tomar posición, poder participar en una discusión pública como quien es capaz de expresar su opinión y escuchar la de los demás, apoyar u oponerse a una propuesta y asumir la responsabilidad de su posición.

Los seres humanos del siglo XXI tenemos expectativas, sueños, utopías, es decir, pensamos cómo queremos que sea nuestro entorno y deseamos que esos pensamientos se traduzcan en una realidad que podamos sentir y disfrutar. En todos los momentos conocidos, la insatisfacción de los seres humanos frente a su medio, ha producido deseos de transformación y progreso.

En ese sentido, siempre ha existido el deseo de mejora y bienestar, que implica una visión del mundo distinta a la existente, que muy frecuentemente ha sido censurada y refrenada por los poderes del orden imperante. Consecuentemente, los sueños, las utopías se relacionan con la deslegitimidad del consenso y con el deseo de transformación del orden social. Pero, hasta los sueños y las utopías han entrado en crisis en los tiempos actuales debido al aumento en la complejidad de las oportunidades y amenazas que merma la confianza de los actores, los cuales se convierten en sujetos con menor autonomía, con mucha menos capacidad para enfrentarse a las amenazas y para fortalecer las oportunidades de resistencia y cambio. El futuro se percibe cargado de riesgo: ahí están los frenos al desarrollo y el aumento de la desigualdad en un mundo en el que ya hemos llegado a que la mitad de las riquezas del planeta esté en manos del uno por ciento de la población mundial; los problemas medioambientales, como el cambio climático o el agotamiento de los recursos; la inestabilidad laboral, las migraciones, el racismo, la xenofobia, etc. El mundo está sumido en muy variadas crisis: económica, de desarrollo, medioambiental, energética, etc. Como señala el novelista, ensayista y poeta español Benjamín Prado (2013), la “crisis inunda nuestras vidas, nos llena de preocupaciones y acapara el 50% de las frases que decimos”. Y esta situación nos lleva irremisiblemente al temor y la angustia, que son hoy, como señalaba el sociólogo francés Jacques Ellul (1998: 277), las “características esenciales del hombre occidental”, características que comienzan a apoderarse de nosotros, a hacernos mezquinos e insolidarios y nos imposibilitan imaginar el futuro. A la mayoría de los ciudadanos les falta el valor civil necesario para permitirles desafiar los miedos. La gente se ha acostumbrado a hablar detrás de los muros y ha fabricado sus propios silencios.

Pero, para revertir el curso de esta situación, de estas derivas que tienen grandes visos de ser peligrosas, ¿por dónde empezar? Es necesario partir de las expectativas, los sueños, las utopías expresadas por los ciudadanos muchas veces de una manera tímida. Hay que tratar de explorar trayectos que permitan descubrir nuevas ideas y propuestas. Los tiempos presentes parecen el preámbulo de un auténtico y profundo cambio del modelo de protección, bienestar y ciudadanía implantando durante el siglo XX.

En nuestro mundo rebosante de incertidumbre están asomando nuevas ciudadanía: las del miedo, entre preocupadas y avergonzadas por la amenaza y el riesgo, con intensas repercusiones en los universos políticos, pero sobre todo en la calidad de la democracia y la capacidad de la comunidad para ejercitar el control e incidir en las decisiones que le conciernen. La democracia se está escribiendo en los momentos actuales con miedo. Pero, el objetivo debe ser la transformación hacia una nueva ética, una nueva estética, una nueva sensibilidad para una nueva política.

#### IV. BIBLIOGRAFÍA

BAUMAN, Zygmunt (2001): En busca de la política, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BAUMAN, Zygmunt (2004): Modernidad líquida, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BECK, Ulrich (1997): “Teoría de la sociedad del riesgo”, en BERIAIN, J.: Las consecuencias perversas de la modernidad, Barcelona: Anhrophos.

BECK, Ulrich (2001): “La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva”, en BECK, Ulrich; GIDDENS, Anthony y LASH, Scout: Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno, Madrid: Alianza.

CASTEL, Robert (2010): El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DUNN, John (1993): “Trust”, en GOODIN, Robert E. y PETTIT, Philip (eds.): A Companion to Contemporary Political Philosophy, Oxford: Blackwell.

ELLUL, Jacques (1998): Métamorphose du bourgeois, Paris: La Table Ronde.

FONT, Joan y BLANCO, Ismael (2003): “Experiències de participació ciutadana,

Polis, la ciutat participativa”, en Papers de participació ciutadana 9, Diputació Barcelona, Xarxa de municipis.

FUNES RIVAS, María Jesús (1993): “Las organizaciones voluntarias en el proceso de construcción de la sociedad civil”, Sistema, núm. 117, pp. 55-70.

HABERMAS, Jürgen (1998): Facticidad y Validez. Sobre el derecho y el Estado democrático en términos de teoría del discurso. Madrid: Trotta.

LECHNER, Norbert (2006): “Los patios interiores de la democracia”, en LECHNER, Norbert: Obras escogidas, Santiago de Chile: LOM, pp. 337-470.

OFFE, Claus (1988): Partidos políticos y nuevos movimientos sociales, Madrid: Sistema.

OFFE, Claus (1988): Partidos políticos y nuevos movimientos sociales, Madrid: Sistema.

PASTOR, Enrique (2009): "Participación y democratización de las políticas de servicios sociales en el ámbito municipal", en Portularia, Vol. IX, núm. 1, pp. 69-81.

PRADO, Benjamín (2013): "La muerte de la militancia", en El País, 21 de enero de 2013. ([http://elpais.com/m/sociedad/2013/01/21/actualidad/1358794167\\_371670.html](http://elpais.com/m/sociedad/2013/01/21/actualidad/1358794167_371670.html))

RAE (2014): Diccionario de la lengua española, 23ª edición, Madrid: Real Academia Española (RAE).

VLEUGELS, Roger (2011): "Overview of all FOI laws", en Fringe Special, 9 de Octubre de 2011.